

## Nuestra edición

A la sombra de Baudelaire, Lautréamont, Rimbaud, Verlaine, Lugones y otros poetas decadentes, simbolistas y modernistas, el joven escritor uruguayo Horacio Quiroga, llamado a convertirse en el más grande pionero del cuento en Latinoamérica, publicó en 1901 su primera obra, *Los arrecifes de coral*, una miscelánea de poemas, poemas en prosa y relatos poéticos.

A diferencia de los de sus antecesores, el libro de Quiroga jamás ha encontrado lectores que lo valoren. Primero lo impidió el moralismo que surgía siempre ante este tipo de obras, y después la sombra del enorme cuentista en que Quiroga se convirtió: quienes han vuelto sobre el texto lo hacen deslumbrados por el narrador, y eso los incapacita para entenderlo y explica que lo hayan considerado menor, disperso y, si no amoral, pueril en su supuesto deseo de ofender y epatar a sus contemporáneos. Todos señalan siempre un único valor: desde ese punto de vista narrativo, *Los arrecifes de coral* es, inevitablemente, una obra en la que ya aparecen las obsesiones temáticas de Quiroga.

Muy lejos de esa posición, sus editores hoy estamos convencidos de que, tras su apariencia inconexa, *Los arrecifes de coral* responde a una poética sólida, claramente sumergida en el ideario estético que dio las mayores obras líricas de la época, pero al mismo tiempo ideada con una originalidad incuestionable: el resultado de un proyecto poético singular, unitario, ambicioso y de una sorprendente solidez formal y temática.

Hay algo que no puede negarse: este es el libro más introspectivo del escritor, en el que plantea ya con toda profundidad las preguntas sobre el lugar del ser humano en el mundo y el sentido de la muerte que vertebran toda su obra y que encontrarán respuestas más tarde, en la aceptación de la incapacidad humana para sobreponerse a la ineluctable naturaleza.

Tras su obsesión por la imagen de la mujer dominada por la abulia y la apatía —una musa melancólica, drogada, enferma o muerta en su ataúd y hasta asesinada—, tras ese gusto por el crepúsculo o por los rostros pintados con la máscara del payaso que puebla sus poemas, tras tantos gestos grotescos, blasfemos, violentos y obscenos, tras esos guiños a perversiones sadomasoquistas, necrófilas y bestialistas, emerge un espíritu singular, atormentado, nada amable y asocial, del que no resulta extraño saber que anduvo toda su vida fascinado por mujeres adolescentes, o que la desgracia lo persiguió de manera implacable, llevándolo a refugiarse en la selva.

Si puede acusarse de algo a esta obra es solo de no haber encontrado aún a sus lectores. Para eso hay tiempo siempre, y con ese único fin la editamos en España, más de un siglo después de su aparición. Dentro del catálogo

de Libros de la Ballena, este es, además, el primer libro con un contenido decididamente lírico, con lo cual cancelamos así una importante deuda pendiente de nuestro sello.

Tras la primera edición (Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1901) y una vez muerto el autor, ya convertido en el gran cuentista latinoamericano, la obra se volvió a editar (Montevideo, Claudio García, 1943) con un cambio significativo en su contenido: la inclusión al final de dos poemas («Mi nacimiento» y «El payaso dormido») que Quiroga había enviado por carta a colegas suyos en la época de la primera edición. No sabemos las razones de este añadido: existen varios poemas más escritos por Quiroga en la época que no formaron parte nunca de la obra, y no hay ninguna constancia de que se siguieran instrucciones del autor. Resulta especialmente extraño que los editores escogieran un poema inacabado y, además, censuraran conscientemente (quizá fueran obligados a hacerlo) dos de sus versos, que sustituyeron en su edición por dos líneas de puntos.

La obra se publicó también en edición limitada e ilustrada a la que no hemos tenido acceso (Buenos Aires, Sociedad de Bibliófilos Argentinos, 1998). Por último, felizmente, se ha vuelto a editar, a partir de la edición de 1943, en 2012 (Buenos Aires, Punto de Encuentro).

Para nuestra edición, hemos tomado como base la primera, y después hemos cotejado el texto con las otras dos. Eso nos ha llevado a reconstruir la estructura según su presentación inicial: hemos situado los dos poemas incorporados en la segunda edición, sin atrevernos a

hurtárselos al lector, fuera de la obra (ver «Apéndice I», página 103).

Por lo demás, nuestra intervención como editores se ha limitado a realizar una actualización ortotipográfica adecuándola, según la línea de Libros de la Ballena, a los criterios de la *Ortografía* de la Real Academia Española, y, como es preceptivo, sin alterar ninguno de los rasgos estilísticos que hacen de Quiroga un escritor muy especial: desde el uso de leísmos y laísmos, no del todo inhabituales en la escritura culta latinoamericana del siglo XIX y principios del XX, y ya constatados en otras obras de Quiroga, hasta su uso de neologismos brasileños:

- «gemente», ‘gimiente’, en «El martes, 24 noviembre...».
- «ecoaba», ‘resonaba’, en «Yo corría detrás de ti...».
- «incarácterístico», ‘atípico’, en «El guardabosque mediante».
- «mirajes», ‘espejismos’, en «Las pantallas de Fátima». En este caso, podría tratarse tanto de portugués como de francés, puesto que la palabra de origen *mirage* es similar en las dos lenguas.

El cotejo de la obra original con las ediciones posteriores nos hace constatar que hemos restituido algún término confundido en los procesos editoriales:

- «nuestros», ‘muertos’, en «Canción».
- «mi almohada», ‘mi hombradía’, en «Mi nacimiento».
- «le», ‘les’, en «Había llovido...».
- «muertos», ‘muerto’, en «El juglar triste».

Y también hemos corregido algunas erratas de la primera edición que arrastraban las ediciones siguientes:

- Añadimos «Montresor» en el arranque del texto «El tonel del amontillado» entre corchetes (puesto que no aparece tampoco en primera edición). Creemos que el nombre cayó por lapsus del escritor o de los editores: sin ese nombre, el sujeto de «juró vengarse» sería «Poe», lo cual no encaja con la historia: es Montresor, en ella, quien jura vengarse.
- En «Colores» corregimos la construcción «en cinta» con el sentido de ‘embarazadas, desceñidas’ por el adjetivo «encintas».
- En «El payaso dormido» cambiamos la palabra «rosa» por «rara», puesto que se rompía la consonancia de la rima con «cara». Aunque es errata ya desde la primera edición, hemos cotejado el poema con su primera aparición, en una de las cartas editadas por Erika Martínez en *Quiroga íntimo. Correspondencia. Diario de viaje a París* (Madrid, Páginas de Espuma, 2010).

Como solo ocurre con las grandes obras de poesía, *Los arrecifes de coral* está además llena de secretos que el lector puede aún desvelar en su lectura. Para ayudar a quien se dedique a esa tarea, hemos querido complementar el texto con dos apéndices.

En el «Apéndice I» (páginas 103-110) hemos incorporado los dos poemas añadidos sin justificación al final de la obra por los editores de la segunda edición en 1943. El motivo que nos ha llevado a separar estos dos poemas del resto de

la obra es que, al realizar una lectura más profunda de *Los arrecifes de coral*, se puede observar que la ordenación de los textos en el libro no es aleatoria, sino que el autor lo concibió con una estructura muy concreta: comienza con poemas y textos breves de prosa poética hasta terminar con relatos más extensos. Una vez se es consciente de este movimiento desde la lírica hasta el relato, se hace evidente que la adición de los poemas en la segunda edición, bajo nuestro punto de vista, rompe completamente la disposición original elaborada por Quiroga.

En el «Apéndice II» (páginas 111-126) damos cuenta de algunas de las referencias literarias e inspiraciones recurrentes en el libro, que van enhebrándolo con hilo sutil, solo a veces visible, capaz de encadenar todos sus textos entre sí. Heroínas de Flaubert, conversaciones con personajes de Poe, un Barba Azul de Perrault o el Pierrot de la *Comédie Italienne* se van dando paso unos a otros en *Los arrecifes de coral*.

No podemos terminar esta nota sin agradecer a Carlos Salem el genio con que se ha sumado a nuestro proyecto y su profesionalidad para hacer buenos unos plazos que sin duda eran demasiado breves. Ha sido también de enorme ayuda la rápida y esclarecedora respuesta a nuestras consultas lingüísticas de Azucena Palacios, profesora de Lengua Española de la Universidad Autónoma de Madrid. Agradecemos además a Guadalupe Ferrera su inestimable ayuda en la consulta de la primera edición original de *Los arrecifes de coral* en la British Library de Londres.